

men de las dotes y de los escritos de aquel eminente varón, á quien rendía, no como pariente, sino llevando la voz de la Academia, este tributo de veneración y de afecto. Pulcro, castizo, exacto y muy razonado el escrito del Sr. de Cueto, era una obra tan grata y tan acabada, como lo son cuantas salen de su bien cortada pluma. La deleitada concurrencia oyó luego, recitadas por la voz sonora del Sr. D. Manuel Cañete, las dos poesías que el Duque escribió, en bien diferente situación de su existencia por cierto, con los títulos *Al Faro de Malta* la una, y *A la Vejez* la otra.

Este ha sido el último homenaje de los contemporáneos, y especialmente de los hombres de letras, que se lo tributaron cumplido ¹.

Todo lo demás que pueda honrar la memoria del Duque de Rivas, queda á la posteridad desapasionada. ¿Cabe, sin embargo, prever su juicio? Si no fuera temeridad arrogante, no vacilara en decir que el patriota estará, con el tiempo, al nivel del poeta; el poeta tendrá primacía sobre el hombre público; y la alcanzará por encima del Prócer y del Académico, el hombre como era en sí: el fogoso y discreto decidor; el razonador caprichoso, pero noble siempre; el perpétuo enamorado de tradiciones, grandezas y libertades; de lo grave y lo jovial á un tiempo.

Como nada era á él ajeno, nadie consideró al Duque como persona que le pudiera ser indiferente: y nuestros hijos, aunque lean menos sus obras, estimarán aún más que nosotros al varón á quien se deben.—BENITO VICENS Y GIL DE TEJADA.

Madrid 15 de Marzo de 1867.

¹ El Duque dejó á la Academia la parte más querida de sí, en su hijo D. Enrique, sucesor de sus títulos y que esperamos lo será de su gloria literaria. Es Académico desde 14 de Mayo de 1863.

(Nota del Compilador.)

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN EL LICEO DE LA CORUÑA

EN 1846.

Señores: Estoy profundamente conmovido.... Ante la honra extraordinaria que me dispensa esta reunión; ante las demostraciones de consideración que me prodiga la sociedad artística y literaria de la Coruña; ante los inmerecidos obsequios de que soy objeto, al volver á pisar, después de muchos años de ausencia, el suelo de mi querida Patria, el sentimiento que embarga mi corazón en este instante, y que empeña para siempre mi profunda gratitud por tan benévola y paternal acogida, apenas me deja aliento, ni voz para significar, como deseaba, hasta dónde llega mi reconocimiento por tan señalada honra, por tan alta gloria.

En la emoción que me turba y desvanece, en el temblor que me embarga, yo apelo al corazón de todo aquel que se hallara en mi posición y en estas circunstancias. Desde este sitio, señores, y á las demostraciones que acabo de recibir, todo corazón generoso, que sepa palpar por el sentimiento de la Patria, no puede contestar con los labios, sino con las lágrimas de sus ojos....

Recuerdo, señores, que en otros recintos, en más áridas circunstancias, y en un campo en que se ventilaban

altos intereses, y se necesitaba otro esfuerzo y otro ardimiento, no me sentía embargado como ahora. No temblaba mi voz, no me faltaba el aliento, no se anudaban las palabras á mi garganta. Era que tenía que pelear, que era necesario combatir. Era que tenía delante de mí adversarios y opositores. No eran los hijos de mi país los que me rodeaban: no eran mis amigos y conciudadanos, que me festejaron y acogieran: no me hallaba, como ahora, entre gracias y hermosuras, y podía estar sereno mi ánimo, y podía ser vehemente mi palabra. Así, señores, puede marchar intrépido á la carga, y presentarse denodado ante una batería, el mismo militar, á quien acobarda la mirada de unos ojos bellos, y á quien corta el aliento la palabra penetrante de una mujer querida.

Empiezo, señores, por declinar, al agradecerlas, el merecimiento de estas demostraciones. Méenos que nadie puedo yo considerarme benemérito de las artes, que se cultivan en este recinto. Soy tanto más culpable para con ellas, cuanto que las he abandonado, despues de haber recibido sus primeras caricias. Culpable de ingratitud, y de desercion me confieso para con las musas, por haberme dejado ir en brazos de otros sentimientos y en alas de otras inspiraciones. He sido como el que abandona la esposa en el hogar doméstico, por volar al campo de la guerra; como quien deja por ilusiones de vana gloria, realidades de amor y de felicidad. Sirva esta confesion triste y sincera, de escarmiento á la juventud generosa, que rinde culto al génio de las artes en este santuario. Para mí no es más que un remordimiento estéril. Cuando á cierta edad se abandona la literatura, la inspiracion no vuelve, por más que despues se la invoque. Sucede con ella, al pasar ciertas crisis de la vida, lo que al viaje-

ro que atraviesa cordilleras de nieve. Si en su fatiga se rinde al sueño, **no** vuelve á despertar: en aquel sueño le hiela la muerte.

Sin embargo, **yo** he conservado siempre hácia la literatura un culto **idólatra** en mi corazon. Por lo mismo que había dejado **sus** placeres, había quedado en mi mente una memoria **tiernísima**, como la de la felicidad perdida, como la de los **primeros** amores y de las primeras amistades. Esta veneracion, este culto, esta religion, no pereció nunca, **no** podía extinguirse del todo, porque los sostenía un sentimiento indeleble en mi alma: el recuerdo de mi país. **Si** Galicia pudo dejar de ser alguna vez mi patria política, era siempre mi patria literaria, porque era mi patria natural.

Diré más. **Todo** lo que fuí bajo otros conceptos, no me pertenece á **mí**. Pertenece á las circunstancias, á los tiempos en que **he** vivido, á la revolucion que atravesamos, á la generacion que la hizo, á esa falange de la época y del siglo, **que** se lanzó á conquistar un nuevo porvenir, y de la **cual** he formado parte como soldado de fila. Funcionario **del** Gobierno, ó representante del pueblo; escritor **político**, ó miembro del Parlamento; unas veces invocando **el** santo nombre de libertad; otras veces gritando **¡orden!** á los que á mi parecer se avanzaban, á riesgo de **separarse** temerariamente del campo en que combatíamos; **mis** taréas, mis esfuerzos, mis palabras, mis escritos **no me** pertenecen. Son hechos comunes, son voces confundidas en la gritería de la comun peléa: el viento de la **batalla** se las lleva; con ella pasarán. De todas esas páginas, **que** han nacido y muerto en un dia, de todas esas voces **dadas** en el clamoréo de los partidos, ni el eco quedará. **Y** ¿quién nos podrá responder de que á

veces no han sido errores, de que acaso nuestras voces y nuestros gritos no han sido ecos de extraviadas pasiones? Cuando el tiempo haya hecho silencio sobre todo ese estruendo, puede ser que nuestra reputacion tenga que ser agradecida al olvido de nuestras palabras.

Una sola cosa tenía propia, exclusiva, individual, que no pertenece al mundo, ni á la política, ni á la revolucion. Era una flor cogida una mañana en el campo de la literatura: unos preludios de poeta, notas sueltas y perdidas, acordes solitarios, leves hojas dadas al viento, y que ha recogido, como se guardan las cenizas en una urna funeral, el génio, para mí benévolo, de la literatura contemporánea. Si es esto tal vez lo que vivirá más en el recuerdo de mis amigos, si esto durará á lo ménos lo que dura una modesta flor de siempreviva guardada en un fanal, ó las hojas de una rosa deshecha entre las páginas de un libro, mientras que las copas frondosas de otros árboles desaparecen á cada primavera; si es esto lo que el Liceo gallego me recuerda y me galardona, yo también se lo consagro, y se lo devuelvo. Esos cantos oscuros, y ya olvidados, son de Galicia. Esas inspiraciones son de mi país natal. Las llevé de aquí. Son de estos campos, de estas riberas, de estas playas: son de las amistades de mi infancia, de los amores de mi adolescencia: son de las imágenes de este suelo de flores; de las emanaciones fragantes de esta tierra bendecida.

Por eso han sido, por eso serán siempre para mí como un preciado tesoro. Modestas como son, mis producciones literarias han sido como las conchas de mi esclavina en la peregrinacion del mundo: escasos como son mis títulos, han sido como los blasones del solar nativo. Los acaricié con amor dos veces paternal, porque eran

mios y de mi país. Yo los llevaba como un vivo testimonio, como una continua protesta contra la preocupacion absurda de que en esta tierra calumniada y desconocida no pueden cultivarse las letras; contra la asercion paradójica y arrogante de que las aguas del Duero son la frontera del reino de la poesia. Señores: el que aventuró esta expresion, de tan triste fortuna, ni era eminente literato, ni era tal vez buen español.

Verdad es que escaso esfuerzo se necesita para vindicar á nuestro país de una inculpacion, que sólo puede caber en aquellos espíritus superficiales, que, desde dos ó tres grados más al Mediodía, consideran á nuestras provincias como una tierra septentrional; como si Galicia fuera una region del Norte sobre el mapa de la Europa; como si Galicia fuera ménos meridional que la Provenza, cuna de la poesia moderna; ménos meridional que Venecia, ciudad casi oriental en su clima; como si los países mismos que están muchos grados más al Septentrion, no tuvieran poetas; como si en el Támesis y más allá del Rhin, no hubieran existido Milton y Klopstock, Shakespeare y Schiller, Byron y Goethe; como si el calor del corazon se graduara por el termómetro; como si la inspiracion y el entusiasmo se midieran por la altura de polo. Las fuentes de la poesia son la gloria, la religion, la libertad, el patriotismo, el amor, el espectáculo de la naturaleza; y estas fuentes están esparecidas sobre éste suelo con tanta profusion, como los veneros de aguas puras en las cumbres de sus montes y en las honduras de sus valles.

Cada castillo de nuestras montañas, cada iglesia de nuestras marinas, cada vieja atalaya de nuestras costas, encierra el principio de una leyenda, ó el fin de una his-

toria. En nuestros tiempos, y en los tiempos de nuestros padres, los hijos de este suelo llegaron donde quiera que ha llegado el valor de España en la tierra, y más allá de donde los más audaces llevaron su pabellon por esos mares. En esta tierra, donde hasta las mujeres han sido heroínas, la historia es poesía. La naturaleza ha desplegado cuadros de lozanía y de verdor, que admira el viajero, en la misma estacion que es ahora aterido y desolado invierno en otros países; y con los matices de sus campos, y con el esmalte de sus flores, sólo pueden competir los ojos y la tez, la azucena y la rosa de sus hermosuras.

¿Dónde tienen la sensibilidad y el génio mayores fuentes de inspiracion, más grandes objetos de entusiasmo? Yo he podido comparar alguna vez con mi tierra otros países. Yo he visto la primavera en los jardines de Aranjuez, entre aquellas arboledas de vegetacion formidable; yo he respirado brisas embalsamadas á orillas del fabuloso Guadalquivir; he visto salir el sol sobre los encantados vergeles y sobre los alminares de la morisca Valencia; he mirado los pingües campos que fertilizan el Jalon y el Ebro; más allá del Pirinéo he costeadado las orillas de el Loira, y he saludado los románticos castillos del jardin de la Francia. Diéronme sombra los tilos de Montmorency, á cuyo pié escribió sus páginas ardientes Juan Jacobo Rousseau; bajo las bóvedas angustas de Westminster, me postré en adoracion al pié de la tumba de Shakespeare; paseé algunas mañanas sobre las nebulosas orillas de la *House*, donde las conversaciones de Cromwell inspiraban el génio de Milton; por todas partes busqué inspiraciones poderosas, invoqué el génio de aquellos lugares. Y era el génio de aquellos grandes hombres el que me faltaba; era el talento lo que no había en

mí. Á las escenas ó á las tradiciones, á la grandeza ó á la hermosura de aquellos países, en nada cedían las bellezas y los cuadros, los recuerdos y las sensaciones de este suelo inspirador y privilegiado.

Por eso veo con tanto placer que en él se dé culto á las musas; que en él se haya abierto este templo á las artes. Los jóvenes generosos y entusiastas, que en este momento me rodean, reciban de mis lábios, como mi gratitud, el parabien. La civilizacion, la moralidad, su propia gloria se lo agradecerán algun dia. Porque de civilizacion y de moralidad son instituciones estas tareas deliciosas, que elevan el corazon, que ennoblecen el espíritu, que hacen bien al alma, que suavizan las costumbres, que calman el ardor de otros afectos, y que inspiran esos sentimientos de tolerancia y esos hábitos de dulzura, más necesarios que nunca, en los tiempos que alcanzamos, de pasiones conmovidas y de intereses encontrados.

Respecto á sí mismos, ellos conocerán tambien, — y yo les ruego, como escarmentado, que lo consideren, — que en el hombre de talento los títulos literarios son al fin los que le dan carácter, los que aseguran y eternizan su nombre. Ya ántes de ahora lo he dicho en otro lugar. ¿Quién se ocupa hoy de las querellas políticas en que intervinieron el Dante en su siglo, Petrarca en sus tiempos? ¿Quién averigua si Ariosto era un hábil diplomático? ¿Quién recuerda que Milton era Secretario de Cromwell? Ahora mismo, en nuestros dias, ¿no hemos olvidado el Ministerio, para nosotros infausto, de Chateaubriand, para no acordarnos más que del grande escritor? ¿Quién, dentro de pocos años, tomará en cuenta las opiniones, por cierto encontradas, de Quintana y de Moratin? Los mismos que han florecido en nuestros dias, y que contaban nuestros años, Larra, Es-

pronceda, Pelegrin, Villalta,—cuya memoria me es triste recordar, porque habian empezado conmigo su carrera malograda,—apénas han bajado al sepulcro, y ya sus nombres no pertenecen á la política en que militaron, ni á los partidos en que se dividieron. Son ya solamente de su Patria, porque fueron de la literatura.

Yo, que no puedo alcanzar tan alta gloria, habré de resignarme tristemente á mi destino. La revolucion me lleva, á pesar mio: la vida práctica me arrastra con su inexorable realidad. Soy como el hombre de negocios y de industria, que amando la naturaleza, no puede, sin embargo, vivir en sus propios campos, entre sus árboles y sus flores.

Sean estos honores estímulos para otros. Para mí el recuerdo de esta reunion y de esta noche,—la más satisfactoria de mi vida!—serán á la par que una alta honra, un descanso y un consuelo. Los recuerdos indelebles de este momento vendrán á advertirme alguna vez que la casa materna de las musas no me está cerrada; que no soy un hijo desterrado de la literatura; y vendrán á decirme todos los dias una cosa más deliciosa todavía y más consoladora, una cosa que algunos momentos de mi vida pude tener olvidada,—el cielo sabe porqué!—que soy hijo de Galicia; tan hijo con la sangre de mis venas, como con los sentimientos de mi alma.

Doy gracias de todo corazon á esta sociedad; se las doy con las lágrimas en los ojos por haberme hecho experimentar placer tan grande. Este no es sólo en mi vida el buen hospedaje de un viajero en una noche de su peregrinacion. Es como para el marino que reside habitualmente en el mar, un dia que le es dado desembarcar del navío que monta, en el puerto de la casa paterna, y pasar

la noche al hogar bendecido de la familia, para volverse con un tesoro de caricias y de memorias, el marino á la soledad de los mares, yo, dentro de poco, á ese golfo del mundo, azotado de eternas tempestades, donde la esperanza más consoladora que puedo abrigar, es que al fin me arroje la última oleada sobre estas playas queridas.

Si entónces he podido dispensar algun bien á mi Patria, ese placer me indemnizará de una gloria que no me es dado alcanzar, para poder consagrársela. Buscar esa compensacion será el afan eterno de mi vida. Las demostraciones de esta noche dejan empeñada mi gratitud hasta la última noche de mi existencia.